

COLECCIÓN NUEVAS VOCES

Juan Pablo Ospina Herrera

Arqueología de la muerte

Ritos y prácticas funerarias de los primeros
pobladores de la Sabana de Bogotá:
la colina de Checua



Arqueología de la muerte

Para citar este libro:

<https://doi.org/10.51573/Andes.9789587989731.9789587989786>

Arqueología de la muerte

Ritos y prácticas funerarias de los primeros pobladores
de la Sabana de Bogotá: la colina de Checua

Juan Pablo Ospina Herrera

Universidad de los Andes
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Antropología

Nombre: Ospina Herrera, Juan Pablo, autor.

Título: Arqueología de la muerte: ritos y prácticas funerarias de los primeros pobladores de la Sabana de Bogotá : la colina de Checua / Juan Pablo Ospina Herrera

Descripción: Bogotá : Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología, Ediciones Uniandes, 2025. | xix, 275 páginas : ilustraciones ; 17 x 24 cm.

Identificadores: ISBN 9789587989731 (rústica) | 9789587989786 (e-book) | 9789587989755 (e-pub)

Materias: Excavaciones arqueológicas – Valle del río Checua, (Nemocón, Colombia) | Cazadores-recolectores – Ritos y ceremonias fúnebres – Valle del río Checua, (Nemocón, Colombia)

Clasificación: CDD 393–dc23

SBUA

Primera edición: abril del 2026

© Universidad de los Andes,
Facultad de Ciencias Sociales
© Juan Pablo Ospina Herrera

Ediciones Uniandes
Carrera 1.ª n.º 18 A-12, Bloque Tm
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 601 339 4949, ext. 2133
<http://ediciones.uniandes.edu.co>
ediciones@uniandes.edu.co

ISBN: 978-958-798-973-1
ISBN *e-book*: 978-958-798-978-6
ISBN *epub*: 978-958-798-975-5
DOI: [https://doi.org/10.51573/
Andes.9789587989731.9789587989786](https://doi.org/10.51573/Andes.9789587989731.9789587989786)

Corrección de estilo: Ruth Romero Vaca
Diagramación interior: Leonardo Cuéllar
Diagramación de cubierta: Boga Visual
Imagen de cubierta: ilustración realizada
por Lynda Garcés

Impresión:
Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S.
Carrera 69 H n.º 77-40
Teléfono: 601 602 0808
Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Este libro cuenta con el aval de la Facultad de Ciencias Sociales y fue sometido a evaluación de pares académicos.

Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964. Reconocimiento de personería jurídica: Resolución 28 del 23 de febrero de 1949, Minjusticia. Acreditación institucional de alta calidad, 10 años: Resolución 000194 del 16 de enero del 2025, Mineducación.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*A Víctor Manuel e Isabel Dolores,
mis abuelos, mi todo.*

*A Liliana Patricia, quien tuvo que partir a
destiempo para siempre, sigues
en nuestro vivir.*

Contenido

Lista de recursos gráficos · XIII

Agradecimientos · 1

Preludio · 3

Aspectos éticos sobre los restos óseos humanos de Checua · 5

1. Los derroteros de la muerte · 7

“Cazadores recolectores”: una categoría y nada más · 10

Las primeras huellas materiales de la muerte en la Sabana de Bogotá · 12

2. Los primeros pobladores del valle del río Checua · 15

Los cazadores recolectores en la colina de Checua, su “casa” · 16

Excavando las huellas de la vida y la muerte: Corte III · 18

Cronologías del vivir y del morir · 22

3. Arqueología y muerte · 29

La experiencia sociocultural de la muerte · 29

Las primeras huellas materiales de la conciencia de la muerte · 32

Una breve historia de la arqueología de la muerte · 34

4. Pautas preliminares para el estudio de los ritos funerarios · 41

Qué es un rito y qué no lo es · 41

El último rito de paso y su esquema tripartito · 42

Los ritos funerarios como eventos multifacéticos y multisituados · 44

Las crisis de la muerte y el rol del cadáver en los ritos funerarios · 46

5. Análisis arqueotanatómico de los ritos funerarios

de la colina de Checua (Corte III) · 49

El protocolo arqueotanatómico en los contextos funerarios de Checua · 51

Las tumbas de Checua y su cronología · 53

Análisis arqueotanatómico de los ritos funerarios de Checua:

Unidad Cronológica 2, Corte III (7580-6280 Cal AP) · 57

Análisis arqueotanatómico de los ritos funerarios de Checua:

Unidad Cronológica 3, Corte III (ca. 5771-5052 AP) · 79

Análisis arqueotanatómico del Complejo Funerario 1,

Unidad Cronológica 3, Corte III · 113

6. El programa mortuario de los cazadores recolectores del valle del río Checua: cómo se enterraban los muertos · 157

Naturaleza de los enterramientos · 160

Orientación y posición de los cuerpos · 174

Arquitectura de las tumbas y el espacio de descomposición · 179

El uso del ocre en los rituales de la muerte · 182

Unidad Cronológica 3 · 183

Los colores en los ritos de la muerte · 185

El uso de plantas durante los rituales de la muerte · 185

El uso de envoltorios (mortajas), cobertores y cuerdas · 187

El uso del fuego en los rituales de la muerte · 190

La comida y los festines en los rituales de la muerte · 191

Los enterramientos rituales de animales · 193

Los bienes de tumba (ofrendas y/o ajuares) · 195

Observaciones sobre el sexo y la edad de los individuos · 201

7. Patrones funerarios y matices rituales: un modelo interpretativo para estudiar la variabilidad ritual · 205

El rol de las emociones en la variabilidad ritual · 207

El cambio de las prácticas rituales desde la historia y el lugar: una perspectiva diacrónica · 210

Variabilidad sincrónica en los ritos funerarios de la Unidad Cronológica 2 · 212

Variabilidad diacrónica en los ritos funerarios de la Unidad Cronológica 2 · 214

Variabilidad sincrónica en los ritos funerarios de la Unidad Cronológica 3 · 216

Variabilidad diacrónica en los ritos funerarios de la Unidad Cronológica 3 · 219

Reflexiones finales sobre el programa mortuario de los cazadores
recolectores de Checua y su variabilidad · 220

**8. Antropología y arqueología de la muerte: una
aproximación desde los rituales de Checua · 223**

Las crisis de la muerte y el último rito de paso:

 ¿a dónde van los muertos? · 223

La virtud transformadora de los ritos funerarios · 227

El rol de la memoria en Checua y su influencia en el cambio social · 229

Transformando lugares para no olvidar: la muerte y el recuerdo · 233

Resumen del modelo interpretativo para el estudio
de los ritos de la muerte · 236

Conclusiones · 241

Referencias · 243

**Anexo: bienes de tumba en los contextos funerarios
de la colina de Checua (Corte III) · 259**

Lista de recursos gráficos

Figuras

- Figura 1.1.* Ubicación del municipio de Nemocón, donde se encuentra el sitio arqueológico de Checua · 9
- Figura 2.1.* Colina en el valle del río Checua · 17
- Figura 2.2.* Levantamiento topográfico de la colina de Checua · 18
- Figura 2.3.* Vista del Corte III · 19
- Figura 2.4.* Dibujo de planta del Corte III con ampliaciones · 20
- Figura 2.5.* Sumatoria de probabilidades (SPD) de las fechas de radiocarbono calibradas (RCARBON R_INTCAL13) para la colina de Checua · 26
- Figura 5.1.* Panorámica de los enterramientos funerarios en el sitio de Checua, Corte III · 49
- Figura 5.2.* Planta general del Corte III con los enterramientos funerarios (unidades cronológicas 2 y 3) · 50
- Figura 5.3.* Tipo de articulaciones en el cuerpo humano · 51
- Figura 5.4.* Planta general con los enterramientos de la Unidad Cronológica 2 de la colina de Checua (Corte III) · 57
- Figura 5.5.* Enterramiento del individuo 15 en la colina de Checua (Corte III) · 58
- Figura 5.6.* Observaciones arqueotanatólicas del individuo 15 (Checua, Corte III) · 60
- Figura 5.7.* Reconstrucción hipotética de la estructura funeraria del individuo 15 (Checua, Corte III) · 62

- Figura 5.8.* Enterramiento del individuo 11 en la colina de Checua (Corte III) · 63
- Figura 5.9.* Reconstrucción hipotética de la estructura funeraria del individuo 11 (Checua, Corte III) · 65
- Figura 5.10.* Fragmentos de semillas recolectados en la tumba del individuo 11 (Checua, Corte III) · 67
- Figura 5.11.* Enterramiento del individuo 13 en la colina de Checua (Corte III) · 68
- Figura 5.12.* Enterramiento del individuo 10 en la colina de Checua (Corte III) · 71
- Figura 5.13.* Huesos afectados por el espacio vacío secundario en el individuo 10 (Checua, Corte III) · 73
- Figura 5.14.* Ilustración hipotética de cómo pudo haber lucido el enterramiento del individuo 10 durante los primeros momentos del ritual (Checua, Corte III) · 74
- Figura 5.15.* Reconstrucción hipotética de la estructura funeraria del individuo 10 (Checua, Corte III) · 76
- Figura 5.16.* Enterramiento del individuo 12 en la colina de Checua (Corte III) · 77
- Figura 5.17.* Planta general con los enterramientos de la tercera unidad cronológica de la colina de Checua (Corte III) · 79
- Figura 5.18.* Enterramiento del individuo 1 y acumulación de piedras debajo del cráneo (Checua, Corte III) · 81
- Figura 5.19.* Enterramiento triple de los individuos 2, 3 y 4 (Checua, Corte III) · 83
- Figura 5.20.* Mano izquierda del individuo 2 (Checua, Corte III) · 84
- Figura 5.21.* Individuo 3 (izquierda) (Checua, Corte III) · 86
- Figura 5.22.* Individuo 3 (enterramiento triple) (Checua, Corte III) · 87
- Figura 5.23.* Enterramiento triple: aspectos arqueotanatólogicos (Checua, Corte III) · 89
- Figura 5.24.* Posición de la vértebra torácica 11 del individuo 3, la cual mantiene adherido un soporte de piedra (Checua, Corte III) · 90

- Figura 5.25.* Enterramiento del individuo 5 en la colina de Checua (Corte III) · 97
- Figura 5.26.* Reconstrucción hipotética del estado del cuerpo del individuo 5 durante la fase póstuma del ritual (Checua, Corte III) · 98
- Figura 5.27.* Huesos de la mano del individuo 5, adheridos por concreciones que muestran señales de constricción (Checua, Corte III) · 99
- Figura 5.28.* Colgante de caracol hallado en la tumba del individuo 5 (Checua, Corte III) · 101
- Figura 5.29.* Mano izquierda del individuo 5 (Checua, Corte III) · 102
- Figura 5.30.* Estructura de la tumba del individuo 5 (Checua, Corte III) · 103
- Figura 5.31.* Piedras de la tumba del individuo 5 (Checua, Corte III) · 104
- Figura 5.32.* Enterramiento del individuo 8 en la colina de Checua (Corte III) · 105
- Figura 5.33.* Tibia y peroné izquierdos del individuo 8 (desplazados; huesos adheridos por concreciones) (Checua, Corte III) · 106
- Figura 5.34.* Falange del individuo 8 adherida por concreciones al peroné derecho (Checua, Corte III) · 106
- Figura 5.35.* Enterramiento del individuo 8 y huesos de curí inhumado (Checua, Corte III) · 108
- Figura 5.36.* Enterramiento del individuo 7 en la colina de Checua (Corte III) · 109
- Figura 5.37.* Agrupaciones de huesos del individuo 7 (Checua, Corte III) · 110
- Figura 5.38.* Reconstrucción de la estructura funeraria del individuo 7 (Checua, Corte III) · 112
- Figura 5.39.* Complejo Funerario 1 de la colina de Checua (Corte III) · 114
- Figura 5.40.* Ubicación del Complejo Funerario 1 en el Corte III de la colina de Checua · 115
- Figura 5.41.* Vista parcial del Complejo Funerario 1 de la colina de Checua (Corte III) · 117

- Figura 5.42.* Nicho del Complejo Funerario 1 de la colina de Checua (Corte III) · 118
- Figura 5.43.* Enterramiento del individuo 6 en el Complejo Funerario 1 de la colina de Checua (Corte III) · 119
- Figura 5.44.* Posición de los huesos del individuo 6 (Checua, Corte III) · 121
- Figura 5.45.* Enterramiento del individuo 9 en el Complejo Funerario 1 de la colina de Checua (Corte III) · 124
- Figura 5.46.* Ilustración del enterramiento del individuo 9 (Checua, Corte III) · 125
- Figura 5.47.* Muestra de las rocas usadas en la estructura de la tumba del individuo 9 (Checua, Corte III) · 127
- Figura 5.48.* Enterramiento del individuo 14 en el Complejo Funerario 1 de la colina de Checua (Corte III) · 128
- Figura 5.49.* Huesos del individuo 14, con pigmentos rojos (Checua, Corte III) · 129
- Figura 5.50.* Enterramiento del individuo 16 en el Complejo Funerario 1 de la colina de Checua (Corte III) · 131
- Figura 5.51.* Muestra de las piedras de la estructura funeraria del individuo 16 (Checua, Corte III) · 133
- Figura 5.52.* Enterramiento de los individuos 17 (derecha) y 18 (izquierda) en el Complejo Funerario 1 de la colina de Checua (Corte III) · 134
- Figura 5.53.* Individuos 17 y 18, Complejo Funerario 1 de la colina de Checua (Corte III) · 135
- Figura 5.54.* Observaciones arqueotanatólicas del individuo 17 (Checua, Corte III) · 139
- Figura 5.55.* Mandíbula humana dispuesta como ofrenda para el individuo 17 (Checua, Corte III) · 141
- Figura 5.56.* Enterramiento del individuo 19 en el Complejo Funerario 1 de la colina de Checua (Corte III) · 142
- Figura 5.57.* Enterramiento del individuo 20 en el Complejo Funerario 1 de la colina de Checua (Corte III) · 144

- Figura 5.58.** Aspectos arqueotanológicos del individuo 20 (Checua, Corte III) · 145
- Figura 5.59.** Tibia y peroné del individuo 20 (Checua, Corte III) · 147
- Figura 5.60.** Enterramiento del individuo 21 en el Complejo Funerario 1 de la colina de Checua (Corte III) · 149
- Figura 5.61.** Placa de moler depositada como bien de tumba para el individuo 21 (Checua, Corte III) · 151
- Figura 6.1.** Orientación de los cuerpos durante la Unidad Cronológica 2 de la colina de Checua (cortes I, II Y III) · 175
- Figura 6.2.** Distribución de la posición de cuerpos en la colina de Checua (cortes I, II Y III) · 176
- Figura 6.3.** Distribución de la orientación de los cuerpos durante la Unidad Cronológica 3 de la colina de Checua (cortes I, II, III, A y B) · 177
- Figura 6.4.** Distribución de la posición de los cuerpos durante la Unidad Cronológica 3 de la colina de Checua (cortes I, II, III, A y B) · 178
- Figura 6.5.** Distribución de individuos por sexo en la Unidad Cronológica 2 de la colina de Checua (cortes I, II y III) · 202
- Figura 6.6.** Distribución por edad en la Unidad Cronológica 2 de la colina de Checua (cortes I, II y III) · 203
- Figura 6.7.** Distribución por sexo de los individuos de la Unidad Cronológica 3 de la colina de Checua (cortes I, II, III, A y B) · 203
- Figura 6.8.** Distribución por edad durante la Unidad Cronológica 3 de la colina de Checua (cortes I, II, III, A y B) · 204

Tablas

- Tabla 2.1.** Resumen bioantropológico de los individuos excavados en el Corte III de la colina de Checua · 21
- Tabla 2.2.** Fechas por radiocarbono para el sitio arqueológico de la colina de Checua · 23
- Tabla 5.1.** Enterramientos del Corte III en la colina de Checua · 54

- Tabla 5.2.** Dataciones por radiocarbono de los enterramientos del Corte III de la colina de Checua · 55
- Tabla 5.3.** Individuos depositados en el Complejo Funerario 1 de la colina de Checua (Corte III) · 116
- Tabla 5.4.** Cronología de los individuos depositados en el Complejo Funerario 1 de la colina de Checua (Corte III) · 154
- Tabla 6.1.** Enterramientos humanos por unidad cronológica en la colina de Checua · 157
- Tabla 6.2.** Enterramientos humanos asociados con la Unidad Cronológica 2 de la colina de Checua (cortes I, II y III) · 158
- Tabla 6.3.** Entierros funerarios asociados con la Unidad Cronológica 3 de la colina de Checua (cortes I, II, III, A y B) · 159
- Tabla 6.4.** Naturaleza de los enterramientos de la Unidad Cronológica 2 de la colina de Checua (cortes I, II y III) · 161
- Tabla 6.5.** Naturaleza de los enterramientos funerarios de la Unidad Cronológica 3 de la colina de Checua (cortes I, II, III, A y B) · 165
- Tabla 6.6.** Presencia de ocre en los enterramientos de la Unidad Cronológica 2 de la colina de Checua (Corte III) · 183
- Tabla 6.7.** Presencia de ocre en enterramientos de la Unidad Cronológica 3 de la colina de Checua (Corte III) · 184
- Tabla 7.1.** Patrones y matices durante la Unidad Cronológica 2 de la colina de Checua (Corte III) · 213
- Tabla 7.2.** Patrones funerarios y matices rituales durante la Unidad Cronológica 3 de la colina de Checua (Corte III) · 217
- Tabla A1.** Bienes de tumba asociados al individuo 15 · 259
- Tabla A2.** Bienes de tumba asociados al individuo 11 · 260
- Tabla A3.** Bienes de tumba asociados al individuo 13 · 261
- Tabla A4.** Bienes de tumba asociados al individuo 10 · 261
- Tabla A5.** Bienes de tumba asociados al individuo 12 · 262
- Tabla A6.** Bienes de tumba asociados al individuo 1 · 263
- Tabla A7.** Bienes de tumba asociados al individuo 2 · 264

- Tabla A8.* Bienes de tumba asociados al individuo 3 · 265
- Tabla A9.* Bienes de tumba asociados al individuo 4 · 265
- Tabla A10.* Bienes de tumba asociados al individuo 5 · 266
- Tabla A11.* Bienes de tumba asociados al individuo 8 · 267
- Tabla A12.* Bienes de tumba asociados al individuo 7 · 268
- Tabla A13.* Bienes de tumba asociados al individuo 6 · 268
- Tabla A14.* Bienes de tumba asociados al individuo 9 · 269
- Tabla A15.* Bienes de tumba asociados al individuo 14 · 270
- Tabla A16.* Bienes de tumba asociados al individuo 16 · 271
- Tabla A17.* Bienes de tumba asociados al individuo 18 · 272
- Tabla A18.* Bienes de tumba asociados al individuo 17 · 272
- Tabla A19.* Bienes de tumba asociados al individuo 19 · 273
- Tabla A20.* Bienes de tumba asociados al individuo 20 · 274
- Tabla A21.* Bienes de tumba asociados al individuo 21 · 274

Agradecimientos

ESTE LIBRO ES el resultado del esfuerzo y el apoyo de varias personas, pero también es el resultado de la virtud del paso del tiempo, pues, si de algo sirve hacer una investigación doctoral, entre muchas otras cosas, es para aprender a ser pacientes y a esperar. En primer lugar, quiero agradecer a la doctora Sonia Archila, quien gentilmente asumió el reto de acompañarme en esta empresa de querer explorar la ritualidad humana en el pasado, a ella toda mi gratitud por su tiempo, generosidad y rigor. De igual forma agradezco a la doctora Mónica Espinosa, por todo su apoyo y constante motivación en momentos de confusión y desconcierto. Al doctor Gustavo Politis, también agradezco su generosidad y su apoyo. Estoy muy agradecido por las oportunidades que ambos me ofrecieron en distintas ocasiones para conversar sobre cazadores recolectores, arqueología y antropología.

También quiero expresar un agradecimiento muy especial a la doctora Liv Nilsson Stutz, quien gentilmente aceptó recibirme en la Universidad de Linneo, en Suecia, para enseñarme cómo hacer arqueotematología. A ella y a su esposo, Aaron Stutz, muchas gracias por acogerme con tanto cariño en Växö y por estar pendientes de mi trabajo desde entonces. Quisiera agradecer también a la profesora Ana María Groot, de la Universidad Nacional de Colombia, por su apoyo y por la asesoría que nos brindó para llevar a cabo la excavación del sitio arqueológico de Checua. Por otro lado, expreso un profundo agradecimiento al señor Luis Fernando Lloreda por haber apoyado en distintos sentidos el desarrollo de esta investigación. En primer lugar, por permitirnos intervenir el sitio arqueológico, y también por brindarnos alojamiento y apoyo logístico. También estoy muy agradecido con Elsa Yolanda Domínguez y Luz Mérida Pachón, de Flores El Futuro.

Agradezco de forma muy especial a las personas del municipio de Nemocón que trabajaron con nosotros en la excavación del sitio arqueológico: Joselito Ortiz, José Garzón, Isidro Sabala y Fabián Sabogal. También quiero agradecer a las profesoras Natalia Pardo, Catalina González y Helena Groot.

Todos ellos, desde distintas áreas del conocimiento, aportaron significativamente con sus ideas y experticia a este trabajo. Del mismo modo, quiero expresar toda mi gratitud a mi compañero de doctorado Saúl Alberto Torres, quien siempre me ha respaldado desde que inicié este proceso. A Catalina Zorro, por su generosa asesoría en la revisión de los restos de fauna. A María Antonieta Corcione y Luisa Mendoza, quienes realizaron los análisis bioantropológicos de los restos óseos del sitio de Checua. De igual forma, mi agradecimiento a Mauricio Salinas, por su apoyo en el registro fotográfico en campo y en el laboratorio, y a Melissa Pratt, por su ayuda maravillosa en la edición de este texto.

Por otra parte, deseo expresar mi gratitud a los siguientes estudiantes de la Universidad de los Andes: Daniela Linares, Juan David González, Ana Correa, Sara Castiblanco, Gabriela Ariza, Ximena Rodríguez, Dahian Dimate y Laura Arias, quienes generosamente nos apoyaron en las labores de campo y laboratorio. También agradezco de forma particular a Daniel Medina, por su trabajo con la recreación de planos y dibujos 3D de los enterramientos, y a Lynda Garcés, por elaborar la ilustración de cuatro de los enterramientos del sitio de Checua. Estaré siempre agradecido con el Departamento de Antropología, de la Facultad de Ciencias Sociales, de la Universidad de los Andes por todo el apoyo que me ofrecieron para llevar a cabo esta investigación y por la beca que me otorgaron para realizar mi doctorado y poder llevar a cabo este trabajo.

Finalmente, agradezco de manera muy especial a la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales (FIAN) por el apoyo financiero que me otorgó para realizar esta investigación y para obtener las fechas por radiocarbono. También agradezco al Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), del que recibí una de las becas de jóvenes investigadores del año 2017. Para concluir, agradezco con todo mi corazón a la familia Herrera, a los Hiltschers y a los Sallis.

Preludio

Con lánguida voz respondió Héctor, el de tremolante casco:
“Te lo ruego por tu alma, por tus rodillas y por tus padres: ¡No permitas que los perros me despedacen y devoren junto a las naves aqueas! Acepta el bronce y el oro que en abundancia te darán mi padre y mi veneranda madre, y entrega a los míos el cadáver para que lo lleven a mi casa”.

Mirándole con torva faz, le contestó Aquiles, el de los pies ligeros: “No me supliques, ¡perro!, por mis rodillas ni por mis padres. Ojalá el furor y el coraje me incitaran a cortar tus carnes y a comérmelas crudas. ¡Tales agravios me has inferido! Nadie podrá apartar de tu cabeza a los perros, aunque me den diez o veinte veces el debido rescate y me prometan más, aunque Príamo Dardánida ordene redimirte a peso de oro; ni, aun así, la veneranda madre que te dio a luz te pondrá en un lecho para llorarte, sino que los perros y las aves de rapiña destrozarán tu cuerpo”.

(Homero, *Iliada*, canto XXII, vv. 336-354)

LA EXPERIENCIA UNIVERSAL de la muerte puede ser atosigante y desestabilizar de forma irremediable la vida de quienes nos enfrentamos a la pérdida de una persona. Sin embargo, a pesar de la angustia insondable y del desasosiego que emerge cuando alguien querido muere, hemos aprendido a responder de modos particulares para resolver esas crisis y para que el proceso social de la vida pueda continuar. Podríamos decir que en varios sentidos hemos domesticado la muerte, pues, a pesar de conocer su desolación y de poseer la terrible facultad de saber que inevitablemente un día moriremos, también hemos definido como sociedad qué hacer cuando alguien muere y cómo reaccionar ante su cuerpo. En la cita que inaugura este texto se leen las súplicas que provienen del audaz Héctor en *La iliada* al conocer que la perniciosa muerte llegaría con la espada de Aquiles, su verdugo.

Se trata de una súplica urgente que se exclama después de que el homicida anunciara que los perros y las aves ignominiosamente lo despedazarían, y que, a diferencia de Patroclo, a quien el mismo Héctor había matado antes, su cuerpo no recibiría honras fúnebres en Troya. El divino Héctor imploraba piedad por su propio cadáver, pues un cuerpo insepulto era algo peor que la misma muerte. Para él y sus dolientes, era decididamente angustiante no poder realizar un ritual funerario en su honor.

Así la cabeza de Héctor se manchaba de polvo. La madre, al verlo, se arrancaba los cabellos; y arrojando de sí el blanco velo, prorrumpió en tristísimos sollozos. El padre suspiraba lastimeramente, y alrededor de él y por la ciudad el pueblo gemía y se lamentaba. [...]

[Su esposa] salió apresuradamente del palacio como una loca, palpitándole el corazón; y dos esclavas la acompañaron. Mas, cuando llegó a la torre y a la multitud de gente que allí se encontraba, se detuvo, y desde el muro registró el campo: en seguida vio que los veloces caballos arrastraban cruelmente el cadáver de Héctor fuera de la ciudad, hacia las cóncavas naves de los aqueos; las tinieblas de la noche velaron sus ojos, cayó de espaldas y se le desmayó el alma. (Homero, *Iliada*, canto XXII, vv. 405-470)

En las voces anteriores, se manifiesta el tormento y la zozobra de los dolientes de Héctor, pues, además de la muerte y de sus circunstancias lamentables, era lacerante no poder tener su cuerpo para realizar un despliegue de acciones solemnes en su honor. Es decir, actos ritualizados estructurados dentro del sistema de ideas que tenían los troyanos sobre la muerte. Se trata de un desconuelo que se derivaba de no poder hacer lo correcto por el muerto, de no poder dar cumplimiento a lo que se establecía en el seno de la sociedad para que el rol del difunto pudiera ser redefinido y, en consecuencia, generar confort entre los vivos. Ante esa implacable necesidad, los troyanos hicieron todo para poder cumplir con el ritual funerario del querido Héctor, y cuando audazmente lograron recuperar su cadáver se regocijaron y se reunieron para realizar un conjunto de actos que se inauguraron al poner el cuerpo en lo alto de la pira:

Y cuando todos se hubieron reunido, apagaron con negro vino la parte de la pira a que la llama había alcanzado; y seguidamente los hermanos y los amigos, gimiendo y corriéndole las lágrimas por las mejillas, recogieron los blancos huesos y los colocaron en una urna de oro, envueltos en fino velo de púrpura. Depositaron la urna en el hoyo, que cubrieron con muchas y grandes piedras, amontonaron la tierra y erigieron el túmulo. Habían puesto centinelas por todos lados,

para vigilar si los aqueos, de hermosas grebas, los atacaban. Levantado el túmulo, volvi ronse; y reunidos después en el palacio del rey Pramo, alumno de Júpiter, celebraron el espléndido banquete fúnebre. (Homero, *Ilíada*, canto xxiv, vv. 788-804)

Aunque conocemos que no todas las sociedades responden del mismo modo al fenómeno de la muerte, y que las actitudes hacia los muertos son particulares, podríamos afirmar que todos los grupos humanos de los que tenemos noticias han estructurado formas eficaces para resolver los problemas ontológicos que emergen cuando una persona muere. Para ello, así como en el caso descrito arriba, se establece una serie de valores y convenciones que surgen a partir de las ideas sobre la vida, la muerte, el cuerpo, el mundo y sus lugares. A partir de ello, se elige un conjunto de prácticas especiales, distintas a todo lo demás, que impactan de manera significativa la vida de quienes las ejecutan, en cuanto surge la certeza de que se hace lo correcto por el muerto. Sobre estos aspectos se trata este libro: sobre la muerte y sobre el modo en que antiguos grupos humanos reaccionaban ante sus difuntos. Mi propósito es estudiar, a la luz de la arqueología y la antropología, la naturaleza de las prácticas mortuorias de unos grupos de cazadores recolectores que habitaron la Sabana de Bogotá. Para ello, exploro una serie de huellas rituales en el paisaje que dan testimonio sobre las cosas que los vivos hacían por quienes morían hace miles de años en esta región del actual territorio colombiano.

Aspectos éticos sobre los restos óseos humanos de Checua

En este libro se presenta un conjunto de datos provenientes de contextos funerarios antiguos, que incluyen diversas fotografías de restos óseos humanos. La exposición de este registro fotográfico se realiza con objetivos estrictamente académicos y científicos, que buscan contribuir al entendimiento de prácticas culturales en el pasado. A los lectores de este trabajo y estudiosos de los ritos de la muerte se solicita prudencia y respeto por la memoria y la humanidad de los antiguos pobladores de la Sabana de Bogotá que se presentan en este documento.

1. Los derroteros de la muerte

ES FASCINANTE PODER destacar que la arqueología de Colombia desde hace casi un siglo nos ha provisto de evidencias inequívocas sobre impresionantes ritos funerarios antiguos. En varias partes del territorio colombiano hemos tenido noticias de vestigios asociados con diversas temporalidades que testifican sobre la singularidad del ingenio humano para conmemorar la muerte de los individuos y para transformar y resignificar lugares a partir de esos actos rituales. Para el caso de los pobladores más antiguos, hoy englobados en la categoría generalizada de *cazadores recolectores*, contamos con evidencias que revelan que estos grupos emprendieron proyectos sobrecogedores, colectivos y consensuados para ritualizar a sus muertos de manera estructurada por medio de eventos solemnes. Aunque estas sociedades antiguas organizaron sus vidas en entornos culturales bastante distintos a los de las sociedades alfareras y agricultoras, que emergerían milenios después, hemos observado que también diseñaron sus propias innovaciones socioculturales, adoptaron estrategias eficaces para la subsistencia y además estructuraron complejas ideas sobre los atributos del ser, los lugares, el proceso social de la vida y de la misma muerte.

En el caso particular de la Sabana de Bogotá, las investigaciones arqueológicas emprendidas desde la segunda mitad del siglo xx nos han permitido conocer aspectos extraordinarios sobre prácticas funerarias que se remontan hasta cerca del año 11 000 AP. Sabemos, por ejemplo, que los primeros pobladores no solamente vivían para procurar el sustento y garantizar la supervivencia, sino que, por el contrario, también adoptaron complejas conductas simbólicas y perfeccionaron parafernalias para llevar a cabo distintos tipos de rituales. El registro arqueológico indica que estos seres humanos antiguos invirtieron cantidades considerables de tiempo, energía y emociones para hacer lo correcto por los muertos. Sabemos que quien moría podía recibir un lugar en el paisaje, el cual era, por supuesto, resignificado y diferenciado de todo lo demás.

En la mayoría de los casos arqueológicos de sociedades tan antiguas, las emociones y las ideas sobre la muerte no quedan grabadas en piedra o arcilla de forma muy explícita, lo cual hace que los(as) arqueólogo(as) tengamos varios problemas para acceder al significado de cada acción ritual y comprender plenamente el andamiaje ideacional de estas sociedades. A pesar de lo anterior, sí contamos con estrategias metodológicas y conceptuales eficaces que nos permiten visualizar con claridad una serie de actitudes hacia la muerte y también problematizar las acciones que conformaban las prácticas funerarias. La arqueotanatología, por ejemplo, es ahora una herramienta bien consolidada que puede proporcionar datos de alta resolución para reconstruir los actos asociados con la conmemoración de la muerte en el pasado (véanse Knüsel y Schotsmans, 2022). Se trata de una subdisciplina que nutre a la arqueología y la bioarqueología desde distintos campos del conocimiento para abordar los contextos funerarios como fuentes de información primaria que nos permiten aprender sobre cómo se experimentaba la muerte. En este trabajo, por ejemplo, trato de hacer visibles algunos aspectos que han permanecido escondidos en la arqueología de Colombia, pero que son esenciales para reconstruir los ritos de la muerte, como el rol de los olores, el fuego ritualizado, la comida y también los colores, pues se demuestra que la muerte en el pasado no puede ser pensada en blanco y negro, sino a través de amplios matices y sensibilidades que exceden la apariencia polvorienta de los vestigios arqueológicos en campo.

Es una extraña paradoja, menciona Parker Pearson (1999), que los restos físicos de los muertos sean usados mayormente para obtener información sobre la vida de un individuo y no sobre su muerte. Lo anterior, debido a que ha sido común que desde la arqueología los restos materiales de los ritos funerarios se estudien principalmente para indagar sobre el rol social del muerto en el mundo de los vivos; y, en el caso de los cuerpos, estos se han examinado generalmente para comprender aspectos relacionados con sus formas de vida, su dieta, sus enfermedades, sus atributos genéticos, etc. No obstante, en este trabajo quisiera dirigirme por otros derroteros, y, así como sugiere Parker Pearson (1999), también adherirme a la empresa de abordar los contextos funerarios como testimonios que permitan comprender la dimensión social del fenómeno de la muerte, y escudriñar en sus huellas materiales la conducta ritual de las acciones que los vivos hacían por sus muertos.

De acuerdo con lo anterior, este libro tiene dos objetivos centrales: primero, presentar un estudio detallado sobre las prácticas mortuorias de los cazadores recolectores que habitaron una colina en el valle del río Checua, en Nemocón (Colombia), desde alrededor del año 9500 AP hasta el 5000 AP (figura 1.1), y, segundo, proponer un modelo conceptual e interpretativo a la luz de la teoría ritual para estudiar desde la arqueología la estructura y el esquema operativo de los ritos funerarios. Para cumplir con ese propósito, me acerqué

a la experiencia de la muerte por medio de la arqueotanatología, lo cual me permitió identificar un conjunto de acciones ritualizadas que constituyeron la cadena operatoria de los ritos funerarios de Checua, y que operaron de manera eficaz para enfrentarse a las crisis de la separación.

Al respecto, es importante destacar que los datos y parte de las discusiones que presento en este libro provienen de mi tesis doctoral, titulada *Prácticas mortuorias y creación de paisajes en el habitar de sociedades de cazadores recolectores del valle del río Checua, Nemocón* (Ospina, 2019), en la que buscaba empezar a construir un panorama general sobre cómo se enfrentaban a la muerte los primeros pobladores de la Sabana de Bogotá.

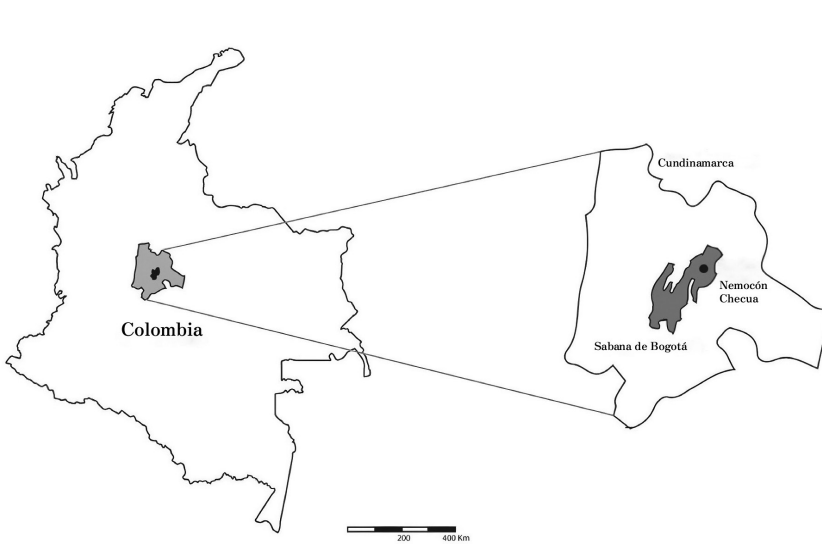


Figura 1.1. Ubicación del municipio de Nemocón, donde se encuentra el sitio arqueológico de Checua

Fuente: Archila et al. (2021, p. 2).

Finalmente, considero que uno de los principales retos de esta investigación ha sido usufructuar algunas de las contribuciones teóricas realizadas desde varias disciplinas de las ciencias sociales y, en consecuencia, propiciar un escenario fértil para establecer un diálogo en el que puedan articularse ideas que han sido estructuradas, casi que por separado, dentro del pensamiento arqueológico y antropológico. Es en ese sentido que los rituales de la muerte pueden ser considerados como elementos relevantes para hallar puntos esenciales de contacto entre arqueología y antropología; porque, además de dar testimonio sobre un despliegue de actos y obras que realizaron un

grupo de personas en los paisajes del pasado, también son correlatos que nos permiten examinar y problematizar varias esferas de la experiencia humana.

“Cazadores recolectores”: una categoría y nada más

El concepto de *cazador recolector*, entendido como una categoría de análisis, ha experimentado diversas transformaciones epistemológicas promovidas dentro de distintos marcos conceptuales que han emergido dentro de la antropología y la arqueología desde la segunda mitad del siglo xx (véase Barnard, 2014). Aunque, en la actualidad, el concepto abarca una amplia gama de características y rasgos socioculturales que operan también desde lo contextual y lo particular, en esta investigación encontré oportuno seguir a Politis *et al.* (2009), quienes abordan la idea de cazador recolector como una

categoría analítica de uso generalizado que engloba a distintas sociedades que se sustentan básicamente de la caza, la recolección y/o la pesca y que no tienen agricultura/horticultura (y si la practican es a muy pequeña escala y poco relevante como fuente de alimento) ni tampoco ganadería. (p. 9)

Es decir, se trata de sociedades conformadas por grupos pequeños, constituidos por pocas familias, en las que pueden existir “estrechos lazos de solidaridad y de cooperación mutua” (p. 9), con distintos grados de movilidad y complejas cosmologías a través de las cuales conciben y explican el mundo y los fenómenos vitales.

Durante varias décadas del siglo xx, las sociedades agrupadas dentro de la categoría de cazador recolector, tanto del presente como del pasado, eran vistas como una oportunidad provechosa para estudiar principalmente aspectos relacionados con la adaptación humana al medio ambiente. No obstante, más recientemente, el estudio de este tipo de sociedades también ha sido útil para documentar y explicar la inmensa variabilidad de la cultura humana, y su devenir cultural ha sido examinado desde diversas preguntas de investigación. Así, se han explorado sus dimensiones socioculturales desde una perspectiva más humanista, considerando el modo en que operan sus sistemas de ideas y cómo estas interfieren en los productos de la vida social y en la producción de la historia. También se ha explorado su compleja relación con el paisaje, asumiendo que esta no solamente es mediada por la disponibilidad de recursos y los beneficios del medio físico en términos adaptativos, sino también por el poder de sus visiones cosmológicas, ontológicas e ideacionales, lo cual impacta de manera significativa el modo en que los humanos interactúan con su entorno.

Indudablemente, esta es una categoría abarcadora y funcional para englobar un amplio grupo de sociedades humanas con rasgos similares. Sin embargo, como ha sido demostrado en variados estudios (véanse Jordan y Cummings, 2014), esto también es problemático, pues el criterio unificador para su taxonomía pareciera estar ligado estrictamente con la subsistencia. Desde varios campos de las ciencias sociales hemos comprendido que no todos los grupos humanos que obtienen el sustento a partir de la cacería y la recolección poseen las mismas formas de organización social, los mismos sistemas de ideas o modos de relacionarse con el entorno. También hemos aprendido que los cazadores recolectores pueden adoptar prácticas que generalmente habían sido atribuidas exclusivamente a sociedades agroalfareras, y esto incluye un caso relevante en la arqueología de Colombia, en el cual grupos de cazadores recolectores en la Costa Caribe adoptaron el uso de la cerámica desde aproximadamente el 6000 AP (Oyuela-Caycedo y Bonzani, 2005); es decir, un periodo para el que se creía que todos los grupos humanos en la actual Colombia vivían itinerantes sin el conocimiento suficiente para adoptar prácticas alfareras.

En otros lugares del mundo también existen noticias de cazadores recolectores que, a pesar de tener altos grados de movilidad, cultivaron plantas a escalas considerables, domesticaron animales, construyeron obras públicas o elaboraron complejas estructuras funerarias. Y, finalmente, también tenemos evidencias de cazadores recolectores que, a pesar de convivir con grupos agroalfareros, no se interesaron nunca por reemplazar la cacería o la recolección como estrategias primarias para obtener el sustento (véanse estos ejemplos en Cummings *et al.*, 2014).

De acuerdo con lo anterior, hablar de cazadores recolectores implica también abordar su inmensa variabilidad y a la vez implica referirnos al modo de vida más largo que ha sido adoptado por la humanidad, pues, en términos de la subsistencia, hasta hace doce mil años, virtualmente, todos los seres humanos vivían bajo los atributos que he mencionado antes. En el caso particular de este libro, mi objeto de estudio se relaciona con unas sociedades humanas que en efecto no adoptaron prácticas de alfarería, pero que —así como en varias partes del actual territorio colombiano muy probablemente cultivaban distintos tipos de plantas (Archila *et al.*, 2021)— adoptaron una industria lítica y ósea eficaz, y consolidaron palpitantes ideas sobre cómo transformar los lugares que serían habitados. También se ha planteado que emprendieron procesos de domesticación animal (Zorro, 2019), y se ha comprobado que elaboraron complejos ritos funerarios (véase el capítulo 5), y que, al parecer, iniciaron un temprano proceso de sedentarización, durante el sexto milenio antes del presente (Archila *et al.*, 2021).

Las primeras huellas materiales de la muerte en la Sabana de Bogotá

Las investigaciones arqueológicas realizadas en la Sabana de Bogotá han permitido reconstruir una secuencia cultural de alrededor de doce mil años. Es decir, desde finales del Pleistoceno, con la presencia de grupos de cazadores recolectores (p. e., Archila *et al.*, 2021; Correal *et al.*, 1969; Groot, 1992), hasta el surgimiento de sociedades agroalfareras, productoras de sal, y orfebres, poco después del tercer milenio antes del presente¹ (Boada, 2007; Cardale, 1981a, 1981b).

Los trabajos realizados desde la década de 1960 sobre los pobladores más antiguos de este territorio, es decir, los cazadores recolectores, han documentado un amplio corpus de datos sobre sus ritos funerarios. La mayor evidencia proviene de los abrigos rocosos del Tequendama, cuya cronología va desde alrededor del 11 000 AP hasta el 5000 AP (Correal y Van der Hammen, 1977); el sitio a cielo abierto de Aguazuque, datado entre 5025 AP \pm 40 y 2725 AP \pm 35 (Correal, 1990), y Checua (cortes I, II, III, A y B), el cual corresponde al sitio arqueológico que se presenta en detalle en este libro, cuya cronología va desde el 9500 AP hasta el 5000 AP, aproximadamente. En estos tres sitios se hallaron impresionantes contextos funerarios, que sugieren un complejo sistema de ideas bastante heterogéneo sobre el modo de enfrentarse a la experiencia de la muerte. Hasta la fecha, solamente para estos lugares se han reportado 135 enterramientos humanos (26 en el Tequendama, 59 en Aguazuque y 50 en Checua). También es importante destacar que, al igual que en los lugares mencionados, otras evidencias de enterramientos humanos en sitios como Galindo (Pinto, 2003), Chía (Ardila, 1984), Zipacón (Correal y Pinto, 1983) y Ubaté (Archila y Langebaek, 2015) han sugerido que los vivos convivían con los muertos; es decir que los enterramientos, en todos los casos, han estado asociados con los mismos nodos físicos del espacio destinados para las áreas de vivienda de los vivos, tanto en sitios a cielo abierto como en abrigos rocosos.

A pesar del alto número de rituales mortuorios detectados en la Sabana de Bogotá en contextos claros y definidos, las preguntas de investigación sobre los cazadores recolectores han sido dirigidas por otros derroteros. La práctica sistemática de enterrar a los muertos en los mismos lugares de los vivos, y lo que ello implica socialmente, aún permanece poco explorada en la Sabana de Bogotá. A pesar del excelente registro sobre estas prácticas en trabajos anteriores, no existía completa claridad sobre los patrones mortuorios en relación

1 La mayoría de las fechas de radiocarbono disponibles en la literatura publicada para la región no se reportan calibradas, lo cual puede ser problemático en la interpretación de los sitios, como ya ha sido discutido por varios autores (p. e., Delgado *et al.*, 2015). A lo largo de este trabajo se especifica cuando las dataciones han sido calibradas usando la abreviatura *Cal AP*.

con la arquitectura de las sepulturas, los bienes de tumba, los tratamientos sobre los cuerpos y el modo en que esos aspectos cambiaron o persistieron a través del tiempo. Tampoco se habían discutido otros elementos del programa mortuario, como, por ejemplo, el modo en que distintas acciones prácticas, involucradas en fases iniciales y póstumas de los rituales, se articularon con otras experiencias y lugares para dar sentido a la conmemoración de la muerte.

Este libro se trata justamente sobre esos aspectos rituales y solemnes que han permanecido inexplorados sobre los cazadores recolectores. Por supuesto que este es tan solo el inicio de un largo camino que queda por recorrer, pero por medio de este trabajo busco presentar una serie de bases conceptuales y analíticas para empezar a comprender desde otras perspectivas cómo se enterraban a los muertos hace miles de años, y cómo se transformaban los lugares a partir de esas prácticas mortuorias. Para seguir construyendo un panorama más claro sobre estas prácticas culturales, por supuesto, es necesario incluir nuevos datos que provengan de futuras excavaciones que se realicen siguiendo protocolos pormenorizados de excavación. También sería enriquecedor visitar y complementar la información ya publicada, con el fin de construir un conjunto de datos que sean problematizados a la luz de un andamiaje conceptual que nos permita conocer desde lo más humano a estas sociedades antiguas. De alguna de esas tareas quisiera ocuparme en este trabajo.

2. Los primeros pobladores del valle del río Checua

PARA ILUSTRAR EN detalle el modo en que los primeros pobladores de la Sabana de Bogotá enterraban a los muertos, me centraré en los grupos de cazadores recolectores que habitaron el valle del río Checua, municipio Nemocón (Colombia) (figura 1.1). Las investigaciones arqueológicas desarrolladas en este valle han permitido establecer que, durante 4500 años, desde alrededor del año 9500 AP hasta el 5000 AP, varias generaciones de cazadores recolectores recorrieron y *habitaron* ese territorio (p. e., Archila *et al.*, 2021; Correal, 1979; Groot, 1992).

Es importante tener en cuenta que, aunque entre el año 11 000 AP y el 9500 AP tuvo lugar el recrudescimiento final de la última glaciación, conocido como Estadial de El Abra (Van der Hammen, 1999, 2009), ya hacia el 9000 AP los primeros grupos humanos que habitaron el valle experimentaron un clima con temperaturas parecidas a las actuales. Hacia la mitad del Holoceno, los pobladores más tardíos experimentaron un mejoramiento climático, conocido como hipsitermal, con temperaturas de 1 a 2 °C más cálidas y húmedas que las de hoy en día (Pérez, 2000, p. 8). Es en ese entorno en el que se inscribieron en el valle las biografías de varios grupos humanos que decidieron habitar las planicies, las colinas y las montañas, y recorrer los caminos, las quebradas y las rocas, a veces a través de la niebla, para vivir la vida y también para sobrellevar la muerte. En ese valle, ocuparon distintas locaciones a través del tiempo en las que (re)adecuaron áreas para dotarse de refugio; explotaron fuentes de materias primas para construir estructuras de piedra y para manufacturar herramientas tanto de piedra como de hueso (Archila *et al.*, 2021; Ospina, 2019); se movilizaban en búsqueda de alimentos y de todo lo necesario para subsistir, y adoptaron ideas sobrecogedoras para responder de forma ritual a las crisis de la muerte (véase el capítulo 6).

Aunque en la actualidad desconocemos la gran mayoría de aspectos relacionados con su vida social, de los grupos de cazadores recolectores del valle del río Checua hemos aprendido que se movían eficazmente en otras esferas de la sociabilidad humana. Sabemos, por ejemplo, que invertían tiempo en hacer música, pues en el sitio arqueológico de Checua (Corte 1) se registró un instrumento musical de viento (Groot, 1992): una flauta fabricada a partir de un radio humano, la cual está asociada con una fecha cercana al 8000 AP. Esta es quizá la flauta más antigua reportada para todo el continente (Groot, 2012), y nos ofrece indicios significativos para reflexionar sobre aspectos distintos a los relacionados estrictamente con la subsistencia, situándonos, en contraste, en el escenario de la sociabilidad, la creatividad y el plano de las ideas expresado desde otras esferas, como el lenguaje musical de estos primeros pobladores.

Los cazadores recolectores en la colina de Checua, su “casa”

El sitio arqueológico de donde provienen los contextos funerarios estudiados en este libro se ubica en una colina no inundable en el valle (figura 2.1). Investigaciones arqueológicas realizadas en esa colina durante la década de 1990 determinaron que ese lugar fue ocupado durante milenios para establecer áreas de vivienda y también para realizar entierros funerarios (Groot, 1992, 2000). Después, con un reconocimiento regional sistemático (Archila, 2018), fue posible precisar que los cazadores recolectores no enterraron a sus muertos en lugares distintos a sus propias áreas residenciales. De acuerdo con esa información, planteé realizar una nueva excavación en la colina de Checua y obtener datos para estudiar en detalle las prácticas mortuorias de esos grupos de cazadores recolectores.

La colina donde se ubica el sitio arqueológico tiene siete metros de altura con respecto a la parte plana del valle actual del río Checua. Esta unidad geomorfológica tiene una visibilidad de 360°, desde donde se observan las planicies del valle y algunos cerros que se circunscriben en su costado norte. La extensión de la colina de norte a sur es de 400 m, y de 140 m de oriente a occidente, y presenta en su zona media una leve depresión acentuada por un camino, actualmente en desuso, que la divide en dos segmentos. El segmento sur tiene un área de 300 m², aproximadamente, y es allí donde se ubica el yacimiento arqueológico. El segmento norte tiene un área de 600 m², y, aunque hace parte de la misma unidad geomorfológica, sorprendentemente esa porción nunca fue usada por los cazadores recolectores para establecer sus viviendas o enterrar a sus muertos. Las excavaciones arqueológicas realizadas en la colina, en todos los casos, se han hecho en el sector sur, pues las prospecciones



Figura 2.1. Colina en el valle del río Checua

Fuente: fotografía tomada por el autor (2017).

sistemáticas realizadas en el segmento norte no han revelado ningún tipo de huella material perdurable asociada con usos rituales o domésticos.

Durante la primera investigación arqueológica en la colina de Checua, Groot (1992) realizó una excavación de 32 m², que fue denominada Corte I. Allí, el suelo culturalmente estéril fue detectado a 1,40 m de profundidad. La segunda excavación de Groot (2000) tuvo una extensión de 24 m² y alcanzó una profundidad de 1 m. Posteriormente, Minelli *et al.* (2012) realizaron otros dos cortes (A y B), cada uno de 10 m² y 40 cm de profundidad, aproximadamente, para indagar sobre aspectos relacionados con el registro y la lectura de anomalías geoelectricas y geomagnéticas en el subsuelo por medio de técnicas geofísicas. En el transcurso de la investigación que describo en este libro, se realizaron prospecciones intensivas en la colina para estimar el área de dispersión de los vestigios y conocer el tamaño del sitio arqueológico (figura 2.2). También se excavó el Corte III (figura 2.3), el cual abarcó una superficie de 20 m², de donde provienen la mayoría de los contextos funerarios estudiados en los siguientes capítulos.

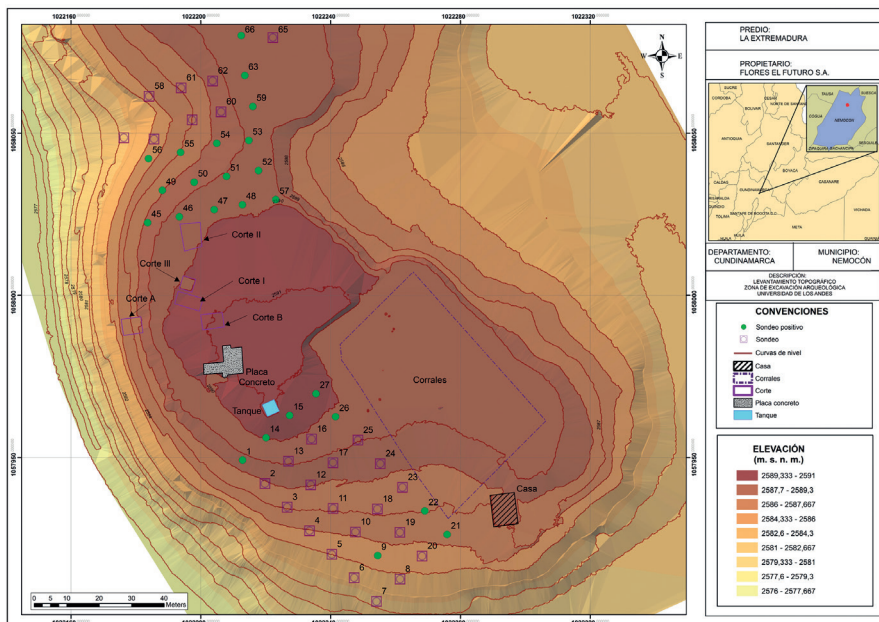


Figura 2.2. Levantamiento topográfico de la colina de Checua

Nota: se visualizan los cortes realizados en la parte plana y los pozos de sondeo en las faldas de la colina para estimar el tamaño del sitio; los pozos con materiales culturales se indican con los círculos rellenos en verde.

Fuente: ortofotografía realizada por Luis Felipe Ragua, con base en el mapa topográfico de la colina de Checua realizado por Archila (2019) y Archila *et al.* (2021).

La prospección intensiva nos permitió estimar que el sitio arqueológico de Checua en sentido sur-norte tiene una extensión de cerca de 100 m; sin embargo, en las faldas oriental y occidental de la colina no se realizaron prospecciones intensivas debido a que estas se encuentran intervenidas por acciones antrópicas modernas. En el costado oriental se encuentran unas terrazas, que fueron realizadas en décadas pasadas con fines agrícolas; mientras que en el costado occidental, hacia el sur, se halla un corral para ganado vacuno, y hacia el nororiente la erosión es muy alta, y se observa en la superficie el material geológico parental que subyace en la colina.

Excavando las huellas de la vida y la muerte: Corte III

La excavación arqueológica de donde provienen los ritos funerarios que son descritos en este libro fue denominada Corte III (figura 2.4). Se dividió en cuatro cuadrículas de 2×2 m, denominadas así: A'3, A'4, B'3 y B'4. Algunas de estas cuadrículas debieron ser ampliadas debido a la presencia de enterramientos

humanos en los límites del corte (figuras 2.3 y 2.4). Es importante destacar que la excavación se ubicó paralela al lugar en donde Groot (1992) realizó el Corte I, y la nomenclatura usada continúa la secuencia establecida durante esa intervención. Las coordenadas Magna-Sirgas de la esquina suroccidental del Corte III son las siguientes: N: 1057999 y E: 1022194.



Figura 2.3. Vista del Corte III

Fuente: fotografía tomada por el autor (2017).

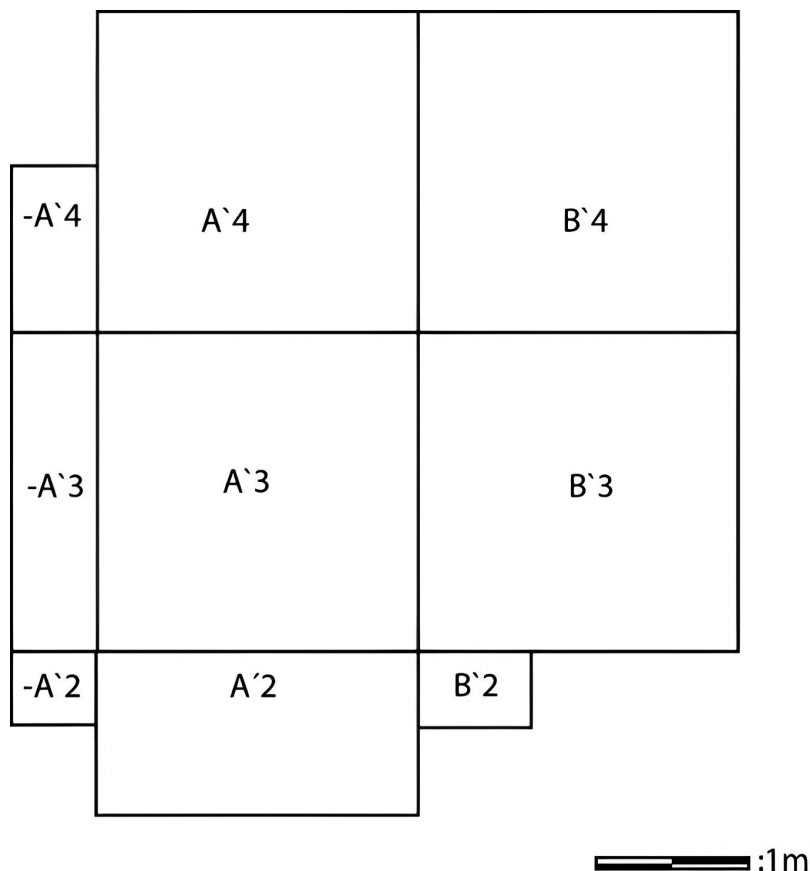


Figura 2.4. Dibujo de planta del Corte III con ampliaciones

Fuente: elaboración propia.

El proceso de excavación del Corte III se realizó por niveles arbitrarios de 5 cm en todas las cuadrículas, a excepción de los primeros 20 cm (0-20 cm), los cuales correspondían a la capa vegetal actual. Ese estrato fue hallado alterado por actividades agrícolas recientes y por la presencia de raíces de la grama sobre la superficie de la colina. Después, se llevó el control estratigráfico del corte hasta alcanzar el nivel más profundo de la excavación, caracterizado por la presencia de un horizonte argílico, culturalmente estéril. En la cuadrícula A'4, este piso estéril se detectó a una profundidad de 1,30 m, mientras que en las demás cuadrículas se halló a 1,20 m. Por otro lado, para el cernido de los sedimentos provenientes de la excavación se utilizó una malla de 4 mm, lo cual permitió recuperar materiales arqueológicos de tamaños superiores a la apertura.

En el Corte III de Checua se recuperaron los restos óseos humanos de 24 individuos, los cuales fueron hallados todos en contextos rituales funerarios. De esos 24 individuos, únicamente 21 fueron realmente inhumados, mientras que los otros 3 corresponden a huesos humanos que fueron dispuestos como ofrendas en algunos enterramientos (véanse los capítulos 5 y 6). La tabla 2.1 resume las características bioantropológicas básicas de estos individuos, obtenidas a partir del estudio realizado por Corcione (2018). Por otro lado, es importante mencionar que los materiales arqueológicos y los rasgos que no estaban asociados a contextos funerarios del Corte III de Checua son bien descritos en Ospina (2019), y serán presentados en detalle en otros trabajos sobre la colina de Checua. En esta ocasión, la información presentada se restringe a las prácticas funerarias detectadas en la colina.

Tabla 2.1. Resumen bioantropológico de los individuos excavados en el Corte III de la colina de Checua

Número de individuo	Sexo	Edad	Estatura
1	Femenino	35-39 años	No estimado
2	Masculino	45-49 años	1,56 m
3	Masculino	> 45 años	1,61 m
4	Femenino	10-12 años	No estimado
5	Masculino	26-32 años	No estimado
6	Femenino	Adulto	No estimado
7	Femenino	50-59 años	No estimado
8	Masculino	Nacimiento \pm 2 meses	No estimado
9	Femenino	45-49 años	No estimado
10	Femenino	45-50 años	1,45-1,52 m
11	Masculino	10 años \pm 30 meses	No estimado
12	Masculino	1 año \pm 4 meses	No estimado
13	Femenino	24-32 años	No estimado
14	Femenino	36-38 semanas	No estimado
15	Masculino	30-34 años	1,57 m
16	Masculino	> 45	No estimado
17	Femenino	33-45 años	No estimado

Continúa...

Número de individuo	Sexo	Edad	Estatura
18	Femenino	25-35 años	No estimado
19	No estimado	30-34 años	No estimado
20	Masculino	26-32 años	No estimado
21	Femenino	Adulto	No estimado
22*	Femenino	Adulto	No estimado
23*	No estimado (radio-cúbito)	Adulto	No estimado
24*	No estimado (tibia)	Infante	No estimado

* Ofrendas de hueso.

Fuente: elaboración propia.

Cronologías del vivir y del morir

Las fechas por radiocarbono obtenidas recientemente para el sitio de Checua (tabla 2.2) nos permitieron inferir con certeza que la ocupación humana de la colina había ocurrido durante un lapso de 4418 años aproximadamente, desde 9470-8969 AP (Cal 2 σ) hasta 5190-5052 AP (Cal 2 σ). Así mismo, con base en la distribución de las fechas obtenidas, se definieron tres unidades cronológicas para la colina con evidencias de ocupación humana (véase Archila *et al.*, 2021). La primera unidad cronológica fue datada entre 9470-8969 AP (Cal 2 σ) y 9032-8313 AP (Cal 2 σ); la segunda unidad cronológica, entre 7580-7475 AP (Cal 2 σ) y 6398-6280 AP (Cal 2 σ), y la tercera unidad cronológica, entre 5771-5659 AP (Cal 2 σ) y 5190-5052 AP (Cal 2 σ). Estas tres unidades coinciden con la curva realizada a partir del cálculo de la sumatoria de probabilidades (SPD) de las fechas de radiocarbono calibradas, las cuales fueron obtenidas de todas las excavaciones que han sido realizadas en la colina de Checua (figura 2.5).

Tabla 2.2. Fechas por radiocarbono para el sitio arqueológico de la colina de Checua

Excavación	Código de laboratorio	Unidad estratigráfica (profundidad en centímetros)	Material	Edad (radiocarbono AP)	Mediana AP	Cal AP 2σ	Probabilidad 2σ (porcentaje)
III	Beta-509234	G (25-30)	Hueso (<i>O. virginianus</i>)	4530 \pm 30	5155	5190-5052	62,8
						5310-5213	32,6
III	Beta-493129	E (50-55)	Hueso (<i>O. virginianus</i>)	4790 \pm 30	5516	5560-5470	78,1
						5594-5567	17,3
III	Beta-493119	Individuo 2 (68)	Hueso (<i>H. sapiens</i>)	4850 \pm 30	5595	5514-5485	0,7
						5527-5523	14,2
III	Beta-493128	Individuo 20 (80)	Hueso (<i>H. sapiens</i>)	4890 \pm 30	5622	5661-5586	95,4
						5664-5587	92,3
III	Beta-493125	Individuo 16 (76)	Hueso (<i>H. sapiens</i>)	4900 \pm 30	5627	5710-5691	3,1
						5664-5587	92,3
II	Beta-509235	Individuo 2 (0-40)	Hueso (<i>H. sapiens</i>)	4900 \pm 30	5627	5710-5691	3,1
III	Beta-493121	Individuo 4 (68)	Hueso (<i>H. sapiens</i>)	4910 \pm 30	5632	5665-5591	86,5
						5712-5674	8,9
III	Beta-493120	Individuo 3 (68)	Hueso (<i>H. sapiens</i>)	4910 \pm 30	5632	5665-5591	86,5
						5712-5674	8,9

Continúa...

Excavación	Código de laboratorio	Unidad estratigráfica (profundidad en centímetros)	Material	Edad (radiocarbono AP)	Mediana AP	Cal AP 2σ	Probabilidad 2σ (porcentaje)
III	Beta-503361	Individuo 7 (67)	Hueso (<i>H. sapiens</i>)	4920 ± 30	5638	5715-5596	95,4
III	Beta-503362	Individuo 9 (80)	Hueso (<i>H. sapiens</i>)	4930 ± 30	5647	5719-5599	95,4
III	Beta-503360	Individuo 6 (76)	Hueso (<i>H. sapiens</i>)	4930 ± 30	5647	5720-5600	95,4
III	Beta-503359	Individuo 1 (65)	Hueso (<i>H. sapiens</i>)	4960 ± 30	5684	5742-5608	95,4
III	Beta-493122	Individuo 5 (70)	Hueso (<i>H. sapiens</i>)	5000 ± 30	5724	5762-5651	72,4
						5888-5817	23,0
						5771-5659	49,6
III	Beta-493127	Individuo 18 (83)	Hueso (<i>H. sapiens</i>)	5020 ± 30	5770	5792-5784	1,3
I	Beta-509232	Individuo 13 (90)	Hueso (<i>H. sapiens</i>)	5520 ± 30	6311	6398-6280	95,4
III	Beta-503364	Individuo 12 (97)	Hueso (<i>H. sapiens</i>)	5690 ± 30	6468	6553-6405	95,4
A	Cedad-2	US3 base	Caracol de tierra	5837 ± 50	6649	6771-6769	?
						6748-6499	
III	Beta-503363	Individuo 10 (90)	Hueso (<i>H. sapiens</i>)	5900 ± 30	6716	6786-6662	95,4
III	Beta-503366	Individuo 22 (83)	Hueso (<i>H. sapiens</i>)	6130 ± 30	7018	7158-6941	95,4
III	Beta-503365	Individuo 13 (100)	Hueso (<i>H. sapiens</i>)	6140 ± 30	7048	7158-6951	95,4

Continúa...

Excavación	Código de laboratorio	Unidad estratigráfica (profundidad en centímetros)	Material	Edad (radiocarbono AP)	Mediana AP	Cal AP 2σ	Probabilidad 2σ (porcentaje)
III	Beta-493123	Individuo 15 (120)	Hueso (<i>H. sapiens</i>)	6150 ± 31	7063	7159-6958	95,4
III	Beta-493124	Individuo 11 (110)	Hueso (<i>H. sapiens</i>)	6200 ± 30	7088	7179-7000 7210-7198 7238-7216	91,4 1,2 2,8
A	Cedad-1	US4	Carbón	6461 ± 65	7371	7482-7262	?
III	Beta-493130	A (115-120)	Hueso (<i>O. virginianus</i>)	6650 ± 30	7532	7580-7475	95,4
I	Beta-53924	Base 5b (70-80)	Carbón	7800 ± 160	8643	9032-8313 9074-9061	99,7 0,3
I	Beta-509233	A4 (120-130)	Hueso (<i>O. virginianus</i>)	8200 ± 30	9158	9266-9032	95,4
						8831-8783 8889-8862	2,0 1,0
I	Beta-53925	Lim. 4. ^a y 5. ^a (125)	Carbón	8200 ± 110	9175	8918-8891 8962-8954 9470-8969	1,0 0,3 95,8

Fuente: Archila et al. (2021, p. 6).

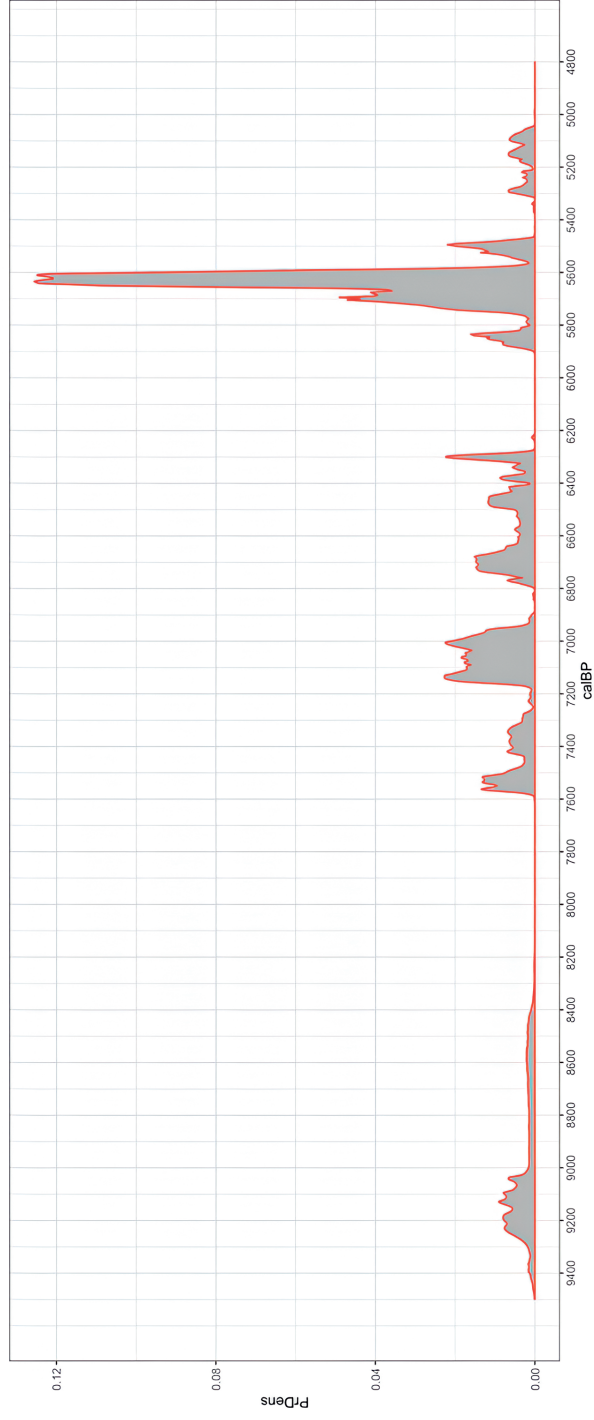


Figura 2.5. Sumatoria de probabilidades (SPD) de las fechas de radiocarbono calibradas (RCARBON_R_INTCAL13) para la colina de Checua

Fuente: Zúñiga y González (2019, citados en Archila *et al.*, 2021, p. 7).

Durante la primera unidad cronológica (esto es, en un lapso de cerca de 1157 años), grupos de cazadores recolectores visitaron la colina esporádicamente y fundaron campamentos residenciales no permanentes. Es significativo que las evidencias actuales indican que durante ese tiempo estos grupos no realizaron enterramientos humanos en la colina, a menos que estos aún no hayan sido detectados, pues el sitio todavía no ha sido excavado en su totalidad. Por otro lado, durante la segunda unidad cronológica (que perduró cerca de 1300 años), los cazadores recolectores realizaron 17 enterramientos humanos en la colina y ocuparon el lugar de forma más intensa. Durante la tercera unidad cronológica (esto es, en un lapso de 719 años), se realizó un número mayor de enterramientos humanos en la colina (33), y al parecer esa ocupación humana fue la más intensa de todas, como lo sugiere la alta concentración de basuras depositadas en el lugar, que incluyen restos de fauna, artefactos líticos y de hueso, y desechos de talla, entre otros. Estos elementos y otros rasgos arqueológicos, como profusos pisos de piedra y apisonados compactos, han hecho que Archila *et al.* (2021) planteen que para entonces la gente que ocupaba la colina ya estaba experimentando un complejo proceso de sedentarización.

Por otra parte, las unidades cronológicas detectadas plantean la inquietud de si los grupos que ocuparon el lugar durante el lapso que denominamos Unidad Cronológica 3 estaban relacionados en algún sentido con los anteriores. Aunque este es un aspecto que aún debe ser explorado a partir de un corpus de datos más amplio, la información sobre las industrias líticas y óseas, los recursos de fauna y flora utilizados, las adecuaciones del entorno y las prácticas mortuorias documentadas en el Corte III parecen indicar que sí existe una relación en términos culturales y tecnoeconómicos entre los grupos que ocuparon la colina a través del tiempo. En ese sentido, las prácticas mortuorias revelan, por ejemplo, que los enterramientos humanos realizados al final de la segunda unidad cronológica ya incorporaban varios matices que serían ampliamente adoptados entre los últimos grupos en habitar la colina; es decir, durante la tercera unidad cronológica (véase el capítulo 6). Del mismo modo, se observó que ninguno de los enterramientos realizados durante la segunda unidad cronológica fue disturbado por acción humana durante la ocupación subsiguiente, lo cual parece indicar que, de algún modo, los grupos que habitaron la colina al final de la secuencia cronológica estaban informados sobre cómo había sido distribuido el espacio por generaciones anteriores. Los enterramientos humanos, tanto en sentido sincrónico como diacrónico, al parecer fueron respetados, y la colina fue transformada teniendo en cuenta el modo en que ya había sido usada en el pasado.